

Cuestiones de nuestro tiempo

El ciclo novelístico de Miquel Angel Riera

ES probable, no sé, que al serle concedido recientemente al novelista mallorquín Miquel Angel Riera el vigésimo cuarto premio de la Crítica en la narrativa catalana, más de un lector —no de las islas, por supuesto— hiciera un ademán de sorpresa e incluso de desabrimiento. ¿Es qué Miquel Angel Riera era conocido hasta hoy, más bien, o únicamente, como poeta? Ciertos indicios pueden hacerlo sospechar. No en vano se remonta a 1965 su primer libro «Poemes a Nai», al que siguieron en 1974 «Biografía» y, con un marcado signo de evolución, «Paràbola i clam de de la cosa humana», para el que deseó el poeta una innecesaria presentación del autor de la presente nota.

Todo ello era suficiente, qué duda cabe, para la consolidación de su fuerte personalidad en el campo de la poesía catalana de Mallorca. Casi cada uno de sus títulos venía consagrado por el fulgor de un reconocido premio. Pero nada apagaba, en Miquel Angel Riera, los deseos de profundizar, analizar y entender el misterio del hombre, de modo directo, en sus variadas dimensiones: como subrayaba en «Biografía» quería hablar «cara a cara, / de l'home que conec, del que / encalenteix el meu paisatge de viure». Y esto quizá sólo era posible si se servía, uno tras otro, fundiéndose con ellos, de los más secretos y depurados recursos de la narrativa. Su nuevo camino debía estar sembrado de obstáculos. Le parecía imposible, confiesa él mismo «escribir en prosa, escribir bien, escribir una novela»; tuvo que «luchar con la ortografía y la sintaxis durante largo tiempo». El combate, la verdad, no fue baldío ni acabó en tablas. Iba a ser suya la victoria.

La novela «L'endemà de mai» (Barcelona, Edicions 62, 1978), galardonada ahora con el premio de la Crítica, confirma la autenticidad de la difícil experiencia. Pero la novela venía ya precedida de otros dos títulos, que recordamos con especial insistencia: «Fuita i martiri de sant Andreu Milà», publicado en la Biblioteca Raixa (Palma de Mallorca, Editorial Moll, 1973), y «Morir quan cal» (Edicions 62, 1974), galardonado con el premio Sant Jordi 1973 y con el que otorgan los críticos de «Serra d'Or». No se aducen aquí los tres títulos con el simple objeto de subrayar el ya importante volumen de una obra narrativa, destinada desde el primer momento, por su profundidad y madurez, a quebrar todo «pudor» de joven promesa. Aunque esto sólo sería ya suficiente. Se aducen, ante todo, para poder de relieve el sentido de una realidad creadora que parte de un solo foco de intenciones.

Es, en efecto, el mismo hombre que Miquel Angel Riera conoce en la calle y el campo «sense el camuflatge d'un somriure / dedicat a la parroquia»; como puntualizaba en «Biografía», el único ser que se convierte en el centro de su investigación tenaz e intrépida: el hombre, en suma, que a su lado, aún desde la misma interioridad del escritor, vive, sufre, se degrada y sucube. No, de forma genérica, el hombre de su isla, sino, con mayor precisión, de su ciudad nativa: Manacor. De aquí su tremenda veracidad. A través de

complicada existencia de este hombre, el novelista va a desenredar la madeja de las más estimulantes cuestiones de nuestro tiempo: el problema de la juventud, la criminalidad, la dura evolución del sistema político, la elemental vehemencia del campesino, la sexualidad en todos sus niveles, la libertad individual sin fronteras. Un puñado de temas ciertamente no nuevos, sobre los que ya se ha escrito mucho, desde todos los puntos de vista.

Pero Miquel Angel Riera los afronta con un raro poder de participación y una riqueza de intuiciones que es difícil rastrear en los escritos de otros. No surgirá, evidentemente, de tales premisas la semblanza —o la caricatura, lo mismo da— de una comarca mallorquina idílica, imagen tantas veces perseguida por la poesía y la narrativa. Nada de ello: Miquel Angel Riera pertenece, y no hay en la afirmación ofensa alguna, a una zona o a una generación típicamente «desvergonzada». El novelista no será amable con su tierra, ni siquiera con sus lectores. ¿Cómo se define a sí mismo, en su patético monólogo de fugitivo y delincuente, Andreu Milà, ya rodeado de muerte, náusea y soledad? «Ortiga del Pedregar», que nunca cesará de pasar por la vida como «un llop de planura solitària» (p. 136).

Será ya inútil que el extraño protagonista, fraile fracasado, crea que puede hallarse siempre en la vida un «brinet de claror» o «un filet d'aventura» (p. 81). El novelista carga sin contemplaciones sus tintas sobre estos adolescentes. El cuadro más completo nos lo ofrece, sin duda, en el joven protagonista de «Morir quan cal», que descubre el mundo a través del confuso contexto de la guerra civil en Mallorca: un mundo en el que los hombres se han convertido en bestias y los valores más firmes se reducen a una «munió elemental de sensacions». Mientras tanto, el novelista ha construido, no sé si deliberadamente, su propio ciclo, cerrado, de momento, con «L'endemà de mai». Un orbe abigarrado, casi alucinante, pero homogéneo, donde nos encontramos, cuando menos se espera, con los mismos personajes: Andreu Milà, la tía Andreua, «l'amo En Cosme», el tío Jaume; o con los mismos escenarios: es Pedregar, s'Almoina, ses Bardisses. Miquel Angel Riera nos hunde, sin posibilidad de escape, en este terrible pozo mítico, cada vez más lleno de figuras siniestras, de escenas increíbles, de pocas, pero inolvidables, descripciones humanas (como la de los fusilamientos, de «L'endemà de mai», p. 197-203).

He aquí cómo el ciclo novelístico de Miquel Angel Riera se convierte en la lectura estimulante de todo hombre que desea vivir activamente y comprender la verdadera sustancia de los problemas de nuestra sociedad. Lectura, esto sí, a

Tanto espacio dedicado a Martín de Ibarra, o Martí Ibarra, y a cuanto el doctor Soberanas ha acopiado acerca del personaje, valgan a vestir la buena nueva de que la benemérita Biblioteca Histórica Puvill se apresta a darnos, en facsimil de la citada edición barcelonesa de 1507, los vocabularios latín-catalán y catalano-latino de Nebrija-Busa. Que cronológicamente no haya resultado ser el